

*Conversación 48***ITALIA ES DESPOJADA DE SU BELLEZA**

Milán, 20 de noviembre.

He querido visitar otra vez Italia, sus ciudades fabulosas y populosas, sus sorprendentes capitales de provincia, sus paisajes de sueño y clamor: desde Taormina a Borromeo. Al cabo de tres meses y medio de peregrinaciones y detenciones me siento extrañamente entristecido. Tanto por mí como por este país.

Vi a Italia por vez primera hace cincuenta años. Ya estaba decentada y deslucida por la llamada civilización moderna, pero era siempre la patria hermosa de hombres humanos. Había ciudades y regiones intactas, donde aún se respiraba el aire del feliz siglo XIX en un escenario del XIV o del XVI. Italia era pobre, pero los italianos poseían todavía las riquezas que ningún banco puede proporcionar: amor, cordialidad, gentileza, buen humor. Italia era sucia en algunas de sus regiones, pero con una suciedad antigua y saludable, natural y lugareña, que no menoscababa la belleza de la naturaleza y no privaba al aire de su pureza. Italia era incómoda, algo primitiva, carecía de confort, pero compensaba al visitante con la quietud de sus calles, con la generosidad ambiental de sus plazas, con la paz de sus pequeñas ciudades, con la tranquilidad de su vida humilde y trabajosa, con la estimada simplicidad de sus costumbres, con la serenidad bondadosa de sus señores campechanos y sus plebeyos señoriales.

Ya entonces había bandoleros, timadores, mendigos y rameras, pero en cantidad reducida y tolerable, en formas distintas y reconocibles. Los bandoleros antiguos tenían algo de paladines e hidalgos, mientras que hoy en día los ladrones y asaltantes son muchachotes brutales que han convertido la práctica de su delito en una gran industria organizada sin poesía alguna. Los mendigos parecían ser parte legítima de la cristiandad, y casi eran custodios pintorescos de las iglesias y palacios. Hoy en día se llaman desocupados, y viven a costillas del que trabaja detestando a los que son más inteligentes y trabajadores que ellos. Los estafadores y liosos formaban una clase aparte, eran simpáticos artistas del engaño y se contentaban con ganancias modestas; hoy en día, la estafa y el timo se encuentra por doquiera: en las industrias, en los negocios, en las oficinas estatales y en las aceras de las calles. A las rameras era necesario buscarlas en los prostíbulos; hoy en día hasta las señoritas de buenas familias y las señoras con títulos han conocido los frutos de la prostitución clandestina.

Adiós, vieja y querida Italia; adiós, malandrines y vagabundos de Nápoles; adiós, desocupados y mirones de Florencia; adiós, cantantes, músicos callejeros, vendedores ambulantes y floristas de Roma; adiós, gondoleros y vividores negros de Venecia; adiós, pescadores de Capri y titiriteros de Palermo; adiós, popular, festiva, ingeniosa y genial Italia. En estos años, después de la segunda infernal guerra, hasta el dulce paraíso italiano se está convirtiendo en un infierno al estilo yankee. La civilización norteamericana, la del dólar y la máquina, ha invadido la vieja y adorable península para «civilizarla» a su imagen y semejanza.

Las calles, casi todas ellas estrechas, construidas para un pueblo de peatones y jinetes, están ahora saturadas por automóviles ruidosos, por motocicletas accionadas con motores insoportables. En sitios donde antes se oían tan sólo los lamentos musicales de los vendedores ambulantes, los cantos de las doncellas y los jóvenes, las alegres risas de las comadres que charlaban a la puerta de sus casas y los chasquidos de las fustas, ahora no se oye más que estrépitos metálicos, mugidos y ladridos de automóviles, rechinamientos de ruedas, fragores de escapes libres, estruendos de motores y sonidos de bocinas, coros cacofónicos y ensordecedores de gramófonos y altavoces. Las calles de Italia se han convertido en las más ruidosas y peligrosas

de toda Europa. Los italianos se comportan como si el ruido fuera la afirmación indispensable del movimiento, la rapidez, la riqueza, el lujo, el orgullo, la vida. Ya no es posible detenerse en una plaza para admirar tranquilamente una fachada o un monumento. El cerebro se siente aturdido y entontecido por los ruidos, la persona física se ve bajo una continua amenaza de ser atropellada y deshecha. Las máquinas han empeorado la índole de los italianos: todos tienen apuro, hablan con voz dura, tienen el rostro triste, hacen gala de actitud despectiva.

Los hedores se han multiplicado igual que los ruidos y no sólo en las hormigueantes calles urbanas; hasta en los caminos que bordean el mar, en las callejas de las ciudades medievales, en los parques públicos y en las colinas florecidas, hasta en algunos caminos del campo, los olores que trae la brisa son vencidos por el hedor de la bencina, de la gasolina, del aceite quemado, de todos los acres residuos de la combustión.

¡A eso han reducido a la divina Italia de mi juventud! Aparentar ser hoy más rica, más activa, más «moderna». En realidad es más pobre y más fea que antes.

Las casas nuevas son cajones anónimos e innobles, que no llegan a tener la grandiosidad de los rascacielos y hacen lamentar la ausencia de las humildes casas al estilo antiguo, entre huertas y pérgolas, desprovistas quizás de las recientes comodidades hidráulicas, pero enriquecidas por el verdor y patinadas por el sol.

Casi todo lo nuevo que se ha hecho en Italia durante los últimos decenios es más presuntuoso, pero indeciblemente más feo. En las ciudades se destruyen cruelmente sombreados jardines para levantar cajones de cemento, odiosas celdas donde vivirán mezquinos idiotas de buena posición. En las grandes carreteras, junto a los lagos y en la visibilidad de los montes, la vista es impedida y ofendida por cartelones de publicidad salpicados con horribles colores vulgares que ensalzan las virtudes de un licor o de un jabón para afeitarse. Por doquiera se cortan árboles y se destruyen bosques. La patria de San Francisco y de Leonardo no puede sufrir la belleza de la vegetación ni el canto de las aves. En cada italiano anida en germen el alma de un cortador de bosques y de un cazador. En ningún otro país del mundo hay, como en Italia una pasión tan fuerte por destruir las plantas y matar seres emplumados. El escudo de esta nación debería tener como emblemas simbólicos un hacha y un fusil.

Yo, que procedo de un país donde «lo moderno» con todas sus máquinas triunfa abierta e incontestablemente, tampoco soy enemigo del llamado «progreso». Pero en Norteamérica, antes de la invasión europea no había más que praderas desiertas y tiendas o chozas de indios pieles rojas. Italia, en cambio, es un venerable museo que contiene tres o cuatro civilizaciones, y tiene el derecho y el deber de salvar, para alegría y satisfacción de todos, sus bellezas y apariencias. En cambio, cada día se está volviendo más ruidosa, más maloliente, más vulgar, más mecánica y más fea; o sea: cada vez es menos digna de admiración y menos habitable. Dentro de cincuenta años, y tal vez antes, las gracias y las glorias del «jardín de Europa» habrán sido deshechas, degradadas y escondidas por una mala copia de la «civilización bárbara» de este siglo alocado.